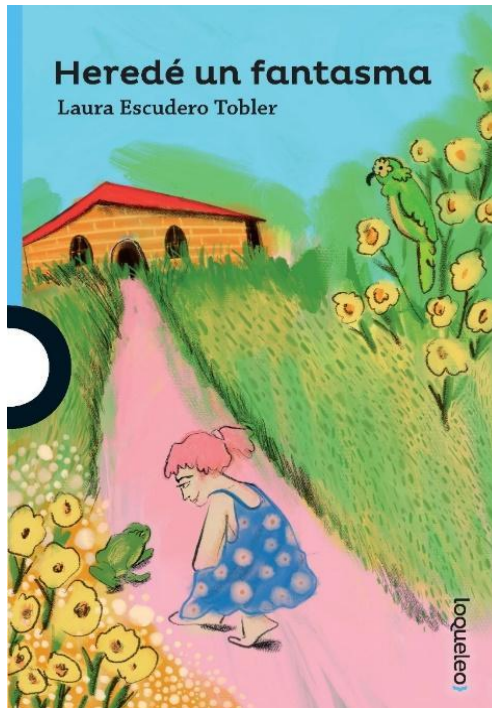


Recibido: 04/03/2026
Aceptado: 06/03/2026
Publicado: 06/06/2026

Passamonte, A. A. (junio, 2026). "Heredamos historias. Reseña de *Heredé un fantasma* de Laura Escudero Tobler". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 22 (11), pp. 334 – 338.



Laura Escudero Tobler,
Heredé un fantasma
Buenos Aires
Ediciones SANTILLANA S.A.
2025
161 páginas

Heredamos historias. Reseña de *Heredé un fantasma* de Laura Escudero Tobler

Aimé Abril Passamonte ¹

Existen diversas maneras de ahondar en el pasado familiar: recolectar anécdotas; escuchar secretos; mirar cientos de fotografías –algunas con esos stickers típicos de los noventa que recreaban viñetas de caricatura y ubicaban un “¿Quién me metió acá?” en la cabeza de tu bisabuelo–; dibujar árboles genealógicos; o realizar

¹ Aimé A. Passamonte es Profesora en Letras, graduada en la UNMdP. Actualmente trabaja como Docente en escuelas secundarias; como Ayudante Graduada en la Cátedra de Teoría y Crítica Literarias I de la UNMdP; realiza una Especialización en Docencia Universitaria y forma parte del Centro de Estudios en Archivos y Lenguajes (CIAL) de la Facultad de Humanidades. Mail: passamonteaime@gmail.com

constelaciones familiares, entre tantas. Pero, ¿cómo podemos conocer y comprender a nuestros antepasados? ¿cómo logramos conectar con figuras con las que compartimos nuestro apellido, pero que están a cuatro o cinco generaciones de distancia? Laura Escudero nos da la respuesta: con curiosidad, empatía, imaginación y palabras.

Laura Escudero Tobler es una psicóloga y escritora argentina, máster en Promoción de Lectura y Literatura Infantil por la Universidad de Castilla-La Mancha (CEPLI) y miembro del CEDILIJ (Centro de Difusión e Investigación de Literatura Infantil y Juvenil). Sus libros ganaron múltiples premios y menciones nacionales e internacionales. Ganó dos Premios El Barco de Vapor (SM) con los títulos *Encuentro con Flo* y *El rastro de la serpiente*; un Premio Hispanoamericano de Poesía Para Niños 2015 otorgado por la Fundación Para la Letras Mexicanas y el Fondo de Cultura Económica por el libro *Ema y el silencio*, y tres menciones entre los “Destacados ALIJA” por *Encuentro con Flo*, *El camino de la luna* y *La noche de las cosas* (Ediciones Santillana, 2025, p.161). Su título más reciente, *Heredé un fantasma*, fue publicado en 2025 por el sello Loqueleo de la Editorial Santillana S.A., dentro de su Serie Azul, dedicada a jóvenes de doce años en adelante. Como las publicaciones de Loqueleo están no circunscriptas, pero sí orientadas hacia el ámbito escolar, algo a destacar de ellas es que en la página web de la editorial, al seleccionar cualquier título de sus publicaciones e ir al apartado de “Recursos”, nos brindan una serie de propuestas y actividades: consignas previas y posteriores a la lectura; ideas para el trabajo en equipo; preguntas de comprensión y comprobación de lectura; disparadores para la escritura de invención o formas de articular las novelas con otras disciplinas escolares como Ciencias Sociales o Artística. En el caso de *Heredé un fantasma*, la serie de actividades propuesta está confeccionada por Julieta Pinasco, graduada en Letras de la UBA y redactora de Guías didácticas para Loqueleo y Penguin Random House.

Heredé un fantasma cuenta la historia de Ana Tobler, una joven hija de científicos que acaba de abandonar sus estudios de Medicina y se encuentra algo perdida. No obstante, su vida da un giro inesperado la mañana en la que recibe una carta de su tía abuela Dorotea, quien falleció diez años atrás. A pesar de la confusión que genera esto, el contenido del sobre lo explica todo: Dorotea escribió esa carta

antes de morir y dejó instrucciones a su escribano para que se la entregue a Ana al crecer. Además, la joven recibiría las llaves de la casa familiar, donde vivía su tía, bajo extrañas condiciones:

Para que la casa sea tuya es necesario que te instales y duermas a partir de este momento todas las noches durante tres meses. Sin decirle a nadie, es un secreto. Podés pensar que es un capricho, sí. Es una pequeña condición a cambio de la herencia. (p.9)

Luego de leer la carta, Ana se muda y propone “conquistar” su nueva vivienda, que lleva diez años deshabitada. Desde este momento, los apartados del libro comienzan a fraccionarse en el número de días que la joven lleva en el lugar, semejándose a un diario de aventuras o una bitácora de viaje, pero dentro del mismo hogar. De hecho, en más de una ocasión, el personaje se compara con una exploradora del Himalaya o una detective, roles que debe adoptar para cumplir su cometido, ya que rápidamente descubre la verdad: heredó la casa familiar junto con el fantasma de un antepasado que la habita... y al que debe ayudar a liberarse.

A partir de este momento la idea de la herencia se resignifica y comienza a hacerse mucho hincapié en la importancia de conocer el pasado familiar. Ana explorará su propio hogar, que conoce desde pequeña, con nuevos ojos: revisa las habitaciones, los títulos de la biblioteca, el contenido de los armarios y prueba cocinar siguiendo viejos libros de recetas. Para ayudar a su antepasado, además, debe de alimentar aquel espíritu curioso y aventurero junto con su imaginación, ya que solo logrará que el fantasma se vaya y descanse en paz si escribe en el cuaderno familiar –con empatía y autenticidad– sobre los últimos días de su vida, pero debe serle fiel en esencia y espíritu.

Desde esta premisa, *Heredé un fantasma* nos invita a acercarnos al pasado familiar sin miedo, a hipotetizar, formular preguntas y, sobre todo, escribir. La escritura pasa de ser un registro diario o la lista de compras a ser un medio de comunicación entre vivos y muertos; una muestra de respeto y homenaje y un camino hacia la sanación. Eso sí: no surge de la nada, debe trabajarse. Para escribir sobre el fantasma, Ana debe abrazar su curiosidad y practicar, por lo que habla con vecinos; recolecta historias y anécdotas; pide detalles; utiliza su imaginación para

crear escenarios o datos faltantes y recibe devoluciones y correcciones sobre sus borradores. Por último, y no menos importante, Ana investiga.

Durante su indagación, nuestra protagonista se sumerge en la cultura alemana, no solo desde recetarios escritos en alemán que encuentra en su cocina, sino desde los libros de la biblioteca del barrio a los que acude. En un ejemplar de *Goethe, Schiller y la época romántica* de Alfredo Cahn, Ana lee sobre Goethe, K. Lavater y el *Sturm und drang*. Es a partir de esta lectura que la joven modifica la percepción que tenía de su árbol genealógico y toma conciencia de la extensión del linaje familiar: comienza a sentir cariño y afinidad con Toblers que vivieron cuatrocientos años antes que ella, se interesa por familiares nacidos en otro continente y hasta se viste con prendas y accesorios de la tía Dorotea.

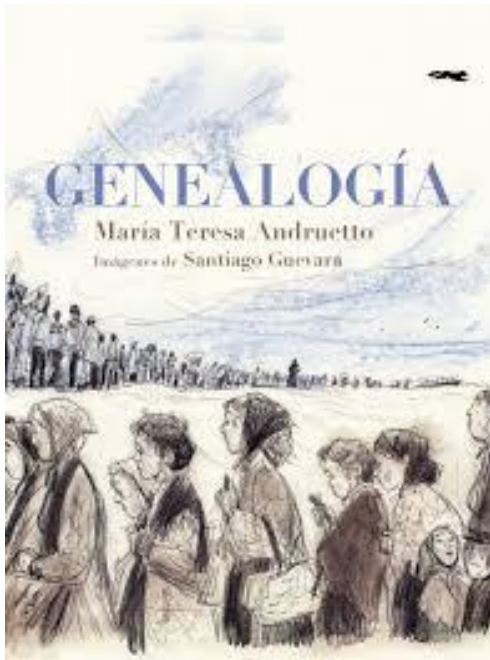
Notamos, entonces, que al intentar ayudar a este “fantasma heredado” Ana se reconecta con las figuras e historias de su familia. Para brindarle homenaje a los que ama y al apellido que porta, no solo investiga y escribe, sino que combina lo aprendido con su humor, sus dudas, su imaginación y su sentir, otorgandándole a todos sus escritos una impronta personal y única. No obstante, sus textos no surgen en arrebatos de inspiración inconexos, sino que son el resultado de un trabajo paciente, lleno de pruebas, conversaciones y autodescubrimiento. Parece, además, que se traza una suerte de analogía: practicar la escritura es como aprender sobre un pariente lejano, conlleva dudas e incertidumbre, pero nos conecta más con nuestra identidad.

La novela de Laura Escudero nos deja en claro dos cosas. En primer lugar, que existe una forma distinta de conectarse con aquellos de nuestra familia que ya no están: a través de la escritura, la empatía y el humor, y mediante el revivir constante de historias y anécdotas que mantienen vigente la esencia de aquellos a quienes rendimos homenaje. En segundo lugar, que la escritura es un proceso que requiere investigación, práctica, corrección e interrogantes constantes, que le dan autenticidad a lo que escribimos.

Pensando en esta última clave, podemos decir que *Heredé un fantasma* es una novela que nos invita a pensar y cuestionarnos cómo se vive la escritura dentro del ámbito escolar. Desde materias como Prácticas del Lenguaje o Literatura, incentivamos a los jóvenes a redactar ensayos, reseñas o poemas, pero ¿qué

conversaciones tenemos sobre la memoria familiar y la escritura personal?, ¿los invitamos a escribir biografías u autorregistros?, ¿cómo podemos mostrarles que estas actividades son una posibilidad? En la novela veremos que el acto de escribir es de carácter terapéutico y sanador y que, incluso textos de memoria familiar u autobiográficos, conllevan práctica y paciencia, ya que no “salen perfectos” en el primer intento. Desde la trama principal y la aventura de conocer sobre nuestra familia, *Heredé un fantasma* invita a los jóvenes a conversar sobre las historias que ellos mismos heredan desde el respeto y el amor. A su vez, da paso e incita a pensar la escritura como una actividad versátil y llena de opciones: se nos abre una puerta hacia los diarios de viaje, las bitácoras y bestiarios, las listas de compras, la recolección de anécdotas y teorías de misterio, entre tantas. De esta forma, son múltiples las posibilidades que el texto abre con prácticas de lectura y escritura: tanto dentro como fuera de la escuela, y cada vez más ligadas al disfrute.

Stapich, E. (junio, 2026). "Cruzar el mar, en sepia y azul. Reseña de *Genealogía* de María Teresa Andruetto". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 22 (11), pp. 339 – 343.



María Teresa Andruetto
Santiago Guevara (ilustrador)
Genealogía
Buenos Aires
Libros del Zorro Rojo
2025
64 páginas

Cruzar el mar, en sepia y azul. Reseña de *Genealogía* de María Teresa Andruetto

Elena Stapich ¹

En el libro *Genealogía* el texto de María Teresa Andruetto actúa como una bisagra entre las ilustraciones que, a modo de novela gráfica –pero sin palabras–, se despliegan delante y a continuación de él.

¹ Elena Stapich es maestra, Profesora en Letras y Magíster en Letras Hispánicas. Es fundadora y socia de la ONG Jitanjáfora. Correo electrónico: elena.stapich@gmail.com

La primera parte, la que precede al poema y podemos pensar que lo ilustra, está anclada en un tiempo pasado –color sepia- y narra una historia (una genealogía) de inmigrantes, varias generaciones de mujeres, y se detiene al llegar a la fotografía del casamiento. La segunda parte narra otra historia de inmigrantes, se desprende del texto (aunque sigue tematizando la inmigración), se ubica en un tiempo que puede ser el presente, incluye un color –el azul- entre el blanco/negro de las ilustraciones, y cuenta la historia de un inmigrante entre los miles que se lanzan al mar para alcanzar Europa, con la esperanza de vivir mejor, aunque muchas veces se dejen la vida en el intento.

Pasado y presente dialogan en el libro, así como lo hacen las historias personales con el devenir colectivo.

El poema de Andruetto parte de una fotografía: “Tengo una foto del casamiento de mis padres...” (2025, p. 27) y también en la historia posterior hay una fotografía, la de un niño que el inmigrante rescató. “Como no estás a salvo de nada, intenta ser tú mismo la salvación de algo”, dijera Ida Vitale (2017, p. 11).

En la obra de Andruetto la inmigración es un tema relevante, que espejea con el exilio, recortando entre ambos un territorio que se desea, se busca, se ama, se teme. Ya desde los tiempos en que apareció su *Stefano*, poniendo en crisis los criterios de lo que es una novela ¿juvenil?, la inmigración se perfila como la gran aventura que vivieron nuestros antepasados y por la que estamos aquí.

Se puede enhebrar un itinerario de novelas argentinas que giran en torno a la inmigración, cada una con su peculiar modo de tratar el tema: *Memorias de Vladimir*, de Perla Suez; *La noche del polizón*, de Andrea Ferrari; *El juramento de los Centenera*, de Lydia Carreras; *Siempre nos estamos yendo*, de Verónica Sukaczer, entre otras. Todas distintas, pero igualadas en el gesto de concebir una literatura juvenil que no necesita presentarles a los lectores un espejo de su propia vida. Por el contrario, le hablan de jóvenes que corrieron la gran aventura de cruzar inmensos espacios y peligros en busca de una vida mejor.

En nuestra lengua resuenan los ecos de las lenguas que trajeron los inmigrantes. Dice la escritora, en un pasaje atravesado por los procesos de la memoria, por el recuerdo de infancia y, particularmente, de los abuelos: “Íbamos a

verlos los domingos, mi madre / nos llevaba; hablaban piamontés en una casa oscura, / con piso de ladrillos y un patio de glicinas.” (p. 31)

El otro gran tema del universo Andruetto que aparece –ya desde el título- es el de los linajes femeninos: tatarabuela, bisabuela, abuela, madre, hija, nieta. Una cadena de mujeres que, no sin conflicto, se van pasando la posta de la vida y una energía, una fuerza, un *eros* vital que moldeará la existencia como resistencia.

Esa cadena se expresa discursivamente en el texto a través del adverbio “antes”. Esa palabra no funciona solo como un conector temporal, sino que connota otros sentidos: antes pasó tal cosa, pero también porque sucedió eso es que yo (la voz que habla en el poema) hoy estoy aquí y puedo dar cuenta de esto. “Antes los padres de mi madre emparvaban alfalfa” (p. 32). Mediante la recurrencia de esta palabra, empleada anafóricamente (recurso privilegiado de la literatura oral), la voz lírica nos va llevando hacia atrás en el tiempo, comenzando por el encuentro de los padres y su casamiento hasta llegar a la tatarabuela, de la que también hay una foto. Así la describe: “Es la foto de una campesina / joven, ya con la espalda curva, una mujer muy flaca, / con la quijada hacia adelante, husmeando como un perro / y los ojos, *ay los ojos*, tan despiertos, como una rata o una ardilla, ojos alertas como los de una perdiz o los de un tero.” (p. 36)

Se podría armar un campo semántico a partir de esta descripción: quijada, husmeando, perro, rata, ardilla, perdiz, tero. Tal vez esa animalidad hacia la que deviene la figura humana tenga que ver con una existencia que sólo puede ocuparse de sobrevivir. Ella es la que arrancó hierbas de entre las piedras para darle algo de comer a su hija. Y una y otra vez volvemos a constatar en el texto quién es quién, como ocurre en *Cien años de soledad*, cuando la estirpe se reproduce y atraviesa el tiempo, pero se perciben las repeticiones y la sensación de eterno retorno.

La descripción de esta mujer tallada en la lucha por sobrevivir se contrapone a la descripción de la madre de la hablante: “Era hermosa como una potranca en la llanura y enseñaba / a leer con un peinado de trenzas recogidas.” (p. 30). Entonces, en esos dos retratos enfrentados, podemos percibir que no hay un regreso de lo mismo, una repetición de lo idéntico. En la madre de la hablante se patentiza el cambio. ¿El progreso, podríamos decir, usando una palabra que hoy suena a hueco?

Y sí, podemos usarla en este caso porque –de diversos modos- los que vinieron con “la gran inmigración” cumplieron, en ellos mismos o en sus descendientes, las expectativas de progresar. En este punto, se contraponen las dos historias, ya que en la segunda, la que se narra en imágenes después del texto al que hemos aludido, para el africano que llega en la patera a Europa –y para el niño a quien él salvó- no parece haber lugar ni oportunidades.

Las ilustraciones de Santiago Guevara nos hacen evocar, en ese “leer levantando la cabeza” del que habla Barthes (1994), al libro – álbum *Emigrantes*, de Shaun Tan. No es simplemente que compartan el mismo tema, sino que en los dos hay un trabajo de documentación, de investigación acerca de él. En ambos se cuenta sin palabras y los dos exhiben –dentro de sus estilos propios- una impresionante galería de retratos. Claro está que el autor australiano entreteteje las historias de inmigrantes con elementos fantásticos y cierra con un final luminoso, esperanzado, en tanto que en *Genealogías* hay un crudo realismo y, como se ha dicho antes, el relato sobre el inmigrante africano, que transcurre en un tiempo actual, clausura en el cierre la posibilidad de imaginar un futuro más amable.

En relación con la entrada a la poesía argentina de zonas que permanecían “fuera de campo”, como es el caso de la inmigración, el exilio, la cosmovisión de los pueblos originarios, dice Alicia Genovese: “El riesgo tomado por el habla poética en esos textos conecta la experiencia individual a un *sensorium* colectivo. (...) El propio territorio del que se es expulsado, que se percibe en la lejanía, la propia cultura de los ancestros con la que se ha perdido contacto, el paisaje propio que se transforma en presencia de lo otro conforman un afuera cambiante que impacta en el derrotero de las subjetividades, es un adentro-afuera que busca y encuentra discurso.” (2023, p. 50)

Genealogía podría ser pensado, entonces, como un diálogo abierto entre texto e imagen, entre lo propio y lo colectivo, entre pasado y presente. El desplazamiento –forzado o no- de los sujetos, desde un territorio que les fue propio hacia otro, desconocido, la mayoría de las veces hostil, nos interpela no solo desde las noticias, sino también desde estos otros discursos, los de las prácticas artísticas, que renuevan el pacto entre el arte y la vida.

Referencias bibliográficas

Barthes, R. (1994) *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Paidós.

Genovese, A. (2023) *Abrir el mundo desde el ojo del poema*. Fondo de Cultura Económica.

Vitale, I. (2017) "Recursos", en *Poesía reunida*. Tusquets.